

MARÍA DE ZAYAS.  
DESENGAÑOS DE LA VIDA CONTADOS POR UNA MUJER

JULIA BARELLA  
(Universidad de Alcalá)

Tenemos pocos datos biográficos sobre María de Zayas, a pesar de que sus libros las *Novelas ejemplares y amorosas* y los *Desengaños amorosos* tuvieran tanto éxito como el *Quijote* o las *Novelas Ejemplares* de Cervantes. Poco se sabe de su vida; quizá ésta pudo acabar en un convento de clausura, donde, hoy día, sigue depositada gran parte de una documentación sobre la que todavía no podemos investigar.

Sabemos que era madrileña, que vivió en la primera mitad del siglo XVII, que pertenecía a una familia acomodada y poco más. Posiblemente recibiera la misma educación que otras muchas mujeres de su clase, es decir, le enseñarían a leer y a escribir (incluso a hacer versos), un poco de música, algo de Historia, las cuatro reglas de la Aritmética, a coser y a bailar.

Las otras cosas que demuestra saber en sus escritos las aprendería por sí misma, a través de la lectura sobre todo y, sin duda, por su curiosidad. No había colegios de jesuitas donde las mujeres pudieran aprender humanidades, ni posibilidad de ir a la Universidad.

María de Zayas, a diferencia de otras mujeres, pudo, según parece además, viajar. Su padre acompaña al conde de Lemos durante su virreinato en Nápoles. En esta ciudad entraría en contacto con la lengua italiana y leería a los grandes *novellieri*, a Boccaccio y a Bandello. Mientras vivió en Madrid tenemos noticia

de que asistía con frecuencia a las Academias y tertulias literarias, donde parece ser bien recibida y en las que mantiene una amistad especial con Ana Caro, Lope de Vega, Castillo Solórzano y Pérez de Montalbán.

Las mujeres, generalmente conectadas con los círculos de la corte, sin hijos o cargas familiares, podían permitirse ciertas libertades en la creación literaria o artística, aunque nunca se pensaba que éstas tuvieran pretensiones serias en la carrera literaria. Es por esto por lo que muchas escritoras se encontraran más cómodas en un discurso narrativo en el que las normas no estuviesen muy tipificadas, en un género como la novela que no tenía modelos clásicos ni normativas específicas.

En 1613 Cervantes publicaba las *Novelas Ejemplares*, veinticuatro años después, María de Zayas decide publicar sus *Novelas amorosas* (Zaragoza, 1637) y tras el éxito una segunda parte que titula *Desengaños amorosos. Parte segunda del Sarao y entretenimiento honesto* (Barcelona, 1649). El éxito de sus novelas fue abrumador, como he dicho. Es traducida al holandés, al francés y al inglés. Es una de las más reeditadas en la segunda mitad del siglo xvii y en el siglo xviii en 1705, 1712, 1724, 1729, 1734, 1736, 1764, etc.; es también fuente de inspiración para los escritores románticos (no sólo españoles también alemanes e ingleses) y muy considerada en el siglo xx (especialmente por la crítica norteamericana), y confío que también en el xxi.

El género novelístico que Cervantes había inaugurado tuvo muchos seguidores y a casi todos les aseguró el éxito. Lope de Vega había publicado en 1620 *Las fortunas de Diana* (luego incluida en las *Novelas a Marcia Leonarda* en 1624), Tirso de Molina sus *Cigarrales de Toledo* (1621), Céspedes y Meneses las *Historias peregrinas y ejemplares* en 1623, Pérez de Montalbán los *Sucesos y prodigios de amor* (1624, con quince ediciones a lo largo del xvii), José Camerino también en 1624 *Novelas amorosas* y Castillo Solórzano, entre otros, *Tardes entretenidas* en 1625, etc. Es decir que, cuando María de Zayas elige este género, no pretende ser original, pues verdaderamente era difícil aportar algo especialmente nuevo. Posiblemente eligiera esta fórmula narrativa al ver cómo había calado entre los lectores, especialmente entre los grupos de lectoras, que son los que le interesan. También es consciente de que la novela es un género menor, en el que, al carecer de preceptiva clásica, puede moverse con más libertad. Como Cervantes y Lope utiliza el término *novela* en el título de la primera colección, pero ya en la segunda prefiere cambiar y llama «desengaños» a las novelitas, incluso utiliza «maravilla» también para denominarlas.

Como dice en el prólogo *Al que leyera*, su deseo es alcanzar el éxito, vender libros, y su objetivo entretener a las mujeres, y sobre todo, enseñarlas y avisarlas contra el matrimonio.

Como señalan Sandra Gilbert y Susan Gubar<sup>1</sup> las estrategias estilísticas de la mujer consisten en «asaltar, revisar, destruir y reconstruir las imágenes de la mujer que hemos heredado de la literatura masculina». Y esto es lo que va a hacer María de Zayas en todo momento. Además nuestra escritora es consciente de que su experiencia como mujer es distinta a la de los hombres y que, por lo tanto, su objetivo será dar un testimonio de esa realidad diferente.

Para ello parece estar dispuesta a todo, como veremos, pues incluirá ingredientes mucho más escandalosos y escabrosos que sus compañeros: sexo y crímenes, magia y elementos sobrenaturales y, sin duda, conseguirá diferenciarse y sobresalir<sup>2</sup>. Su creatividad, como la de otras escritoras, busca cauces para expresarse en los espacios marginales de la literatura y estrategias que le permitan presentaciones de situaciones o de personajes alternativas a situaciones reales (casos de mujeres hipnotizadas, brujería, apariciones, intuiciones, presagios, sueños premonitorios...).

El objetivo es bien distinto al de sus amigos Lope, Castillo Solórzano o Pérez de Montalbán, el público potencialmente diferente, pero, sobre todo, lo que la diferencia son sus ideas, una serie de ideas en relación con la mujer y el matrimonio y la necesidad de contarlas con un estilo directo y espontáneo que huya de las artificiosidades de las modas culteranas de la época, y que facilite la comprensión de sus enseñanzas:

Y yo como no traigo propósito de canonizarme por bien entendida, sino por buena desengañadora, es lo cierto que, ni en lo hablado, ni en lo que hablaré, he buscado razones retóricas, ni cultas; porque, de más de ser un lenguaje que con el extremo posible aborrezco, querría que me entendiesen todos, el culto y el lego; porque como todos están ya declarados por enemigos de las mujeres, contra todos he publicado la guerra (*Desengaños*, Madrid: Cátedra, pág. 470).

En las *Novelas Ejemplares* de Cervantes o en las *Novelas a Marcia Leonarda* de Lope el lector podía elegir el grado de ejemplaridad que quería recibir tras la lectura, pues los aspectos ejemplares funcionaban como pretextos al diverti-

---

<sup>1</sup> *The Norton Anthology of Literature by Women traditions in English*, Londres: Norton&Company, 1985, pág. 32.

<sup>2</sup> Recordemos las palabras de su amigo Castillo Solórzano en *La guardaña de Sevilla*: «campea con felices lauros el ingenio de doña María de Zayas y Sotomayor, que con justo título ha merecido el nombre de Sibila de Madrid, adquirido por sus admirables versos, por su felice ingenio y gran prudencia, habiendo sacado de la estampa un libro de diez novelas, que son diez asombros para los que escriben deste género, pues la meditada prosa, el artificio dellas y los versos que interpola, es todo tan admirable, que acobarda las más valientes plumas de nuestra España» (ed F. Ruiz Morcuende, Madrid: Espasa Calpe, 1942, pág. 66).

mento, al entretenimiento del lector. En las novelitas que ha escrito Zayas (tanto las *maravillas*, como los *desengaños*) la configuración del marco narrativo y la selección de temas, personajes y muchas de las digresiones previas a cada historia que se cuenta están determinadas por la decisión de ejemplaridad, más concretamente de aviso y enseñanza. La originalidad en las historias y sus argumentos importa menos, es más, unas y otros estarán al servicio de esas ideas. Como mujer culta que es conoce las normas esenciales de la preceptiva de la época y nunca descuida las rimas en los poemas y canciones, el estilo en las descripciones, la agudeza en los parlamentos y la ingeniosa inclusión de variados elementos a lo largo de la narración; todo con miras a cumplir el precepto clásico de enseñar deleitando. De esta manera nos encontramos con elementos fantásticos, hechos sobrenaturales, extraordinarios, con casos de magia y de superstición, y también con elementos del más puro realismo (como le gustaba afirmar a Agustín González de Amezúa<sup>3</sup>), con esa insistente localización de los sucesos en ciudades y calles conocidas por todos o las minuciosas descripciones de las extremas crueldades y de los asesinatos, las pasiones, los celos y las venganzas. Y, finalmente, todo ello envuelto en una atmósfera de imaginación y de erotismo, donde las relaciones sexuales se presentan en una gran amplitud de variantes, incluyendo la homosexualidad entre hombres o entre mujeres, la prostitución, el fetichismo o el sadomasoquismo<sup>4</sup>.

El objetivo está claro: avisar a las mujeres de los males que trae consigo la relación con los hombres (en especial el matrimonio), quejándose, abiertamente, de las situaciones que tienen que soportar muchas casadas, y enseñando a todas las que quisieran leerla a seguir adelante con sus vidas, luchando por conseguir una buena preparación en el campo de las letras, sustituyendo la aguja de bordar por la pluma (el ingenio también suple la falta de formación), y, para las más arriesgadas, sustituyendo la aguja por la espada. Es de las primeras mujeres en insistir en como una buena preparación física es de mucha ayuda, como veremos, para que las mujeres resuelvan por sí mismas los casos de venganza, tras una burla o un engaño, sin que para ello necesiten a un hombre.

En último caso, la lectura de estas novelas enseña también a las mujeres cómo huir o a dónde escapar. ¿Y dónde en el siglo XVII podían esconderse mejor las mujeres que en el convento (asilo, refugio, casa de acogida)? En el convento están tranquilas, aprenden a leer, labores, pintura, a trabajar el campo, conversar tranquilas lejos de los hombres y escribir.

---

<sup>3</sup> Vid., prólogo a la edición de las *Novelas amorosas*, (Madrid: Real Academia Española, 1948, págs. xv-xvi). Ésta será la edición que utilizaremos para las citas de las *Novelas amorosas*.

<sup>4</sup> Vid. J. Goystisoló, *Disidencias*, Barcelona: Seix Barral, 1978, pág. 87.

Por todo ello, para entender el verdadero valor de las novelas de María de Zayas hay que partir de ese compromiso social: avisar de los peligros de las relaciones con los hombres y preparar a las mujeres para la nueva sociedad.

Y es que las cosas han cambiado mucho desde el comienzo del XVII. La generación anterior a Zayas, Cervantes y Lope, por ejemplo, había sido educada en el humanismo, humanismo cristiano que consideraba, al menos en algunos aspectos, una cierta igualdad entre la mujer y el hombre, a ambos se les adjudicaban responsabilidades en el mantenimiento del matrimonio (Recuerden los comentarios de Lope en *La prudente venganza*, recomendando una escuela para los maridos<sup>5</sup>).

Cervantes y Lope son defensores del matrimonio. (Son muy frecuentes los finales en boda). Ambos tienen buena opinión del mismo, consideran que es un estado de armonía, bastante bueno para el ser humano. Lope y Cervantes marcarán el fin de una época de relativa tolerancia y armonía en las relaciones entre ambos sexos.

Con la Contrarreforma la sociedad española emprende una tarea de reorganización a todos los niveles y con más firmeza a medida que avanza el siglo XVII. La sociedad está cada vez más reglamentada, el lugar de la mujer sigue siendo la casa, pero las obligaciones del matrimonio se sacramentalizan y son divulgadas tras el Concilio de Trento. Las disposiciones administrativas obligan a que necesariamente los matrimonios se realicen con testigos y se celebren las amonestaciones.

Según el concepto de la época, los deberes que la esposa debía cumplir al casarse consistían en servir, honrar y obedecer a su marido, para esto debían haber sido previamente educadas. Además se las formaba para que voluntariamente dedicaran su vida a ese servicio, ejercitándose y gozando con ello. Una vez asumida esta preparación y este *rol* social, leer y escribir eran tareas obviamente prescindibles, y por muchos consideradas actividades que podían convertirse en fuentes de problemas y peligros. Por lo tanto en la vida de casada, la mujer estaba completamente subordinada económica y socialmente al esposo. La dependencia económica forzaba a muchas mujeres a permanecer en hogares donde se daban situaciones de violencia, de maltrato, o simplemente a mantener relaciones que nada aportaban al desarrollo de su persona y de su felicidad.

---

<sup>5</sup> «Me lleva más la razón que la inclinación, y que, si tuviera poder, instituyera una cátedra de casamiento donde aprendieran los que lo habían de ser desde muchachos [...] Y que no venga un ignorante a pensar que aquella mujer es de otra pasta porque es casada y que no ha menester servirla ni regalarla porque es suya por escritura, como si lo fuese de venta, y que tiene privilegio de la venganza para traerla mil mujeres a los ojos, sin reparar, como sería justo, en que ha puesto en sus manos todo lo mejor que tiene después del alma...» (*Novelas a Marcia Leonarda*, ed. Julia Barella, Madrid: Biblioteca Nueva, 2003, pág. 203).

Zayas escribe sus novelas contra la institución matrimonial que describe como «un lazo que tan dulcemente aprieta» y la transición que sufre la joven del hogar paterno al del marido como «salir de un cautiverio, puesta en otro martirio»<sup>6</sup>. La mujer casada será considerada: «cautiva en el lazo que sólo la muerte lo rompe».

Tras la Contrarreforma las posturas misóginas han ido en aumento. No olvidemos que para la Iglesia las mujeres son las «hijas de Eva», Orígenes usa estos términos: «cabeza del pecado, arma del diablo, expulsión del paraíso, madre del pecado, corruptela de la ley», Crisóstomo: «enemigo de la amistad, pena que no se puede huir, mal necesario, tentación natural, calamidad deseada, peligro doméstico, detrimento deleitable...»<sup>7</sup>. Hay que domesticarlas parecen decir. En el fondo subyace la idea del deber moral que tiene el hombre de domesticar a la mujer, infligiéndole los castigos que sean necesarios, como veremos en los textos de Zayas. Y es que en una sociedad patriarcal la pureza sexual femenina<sup>8</sup> se convierte en requisito económicamente indispensable para garantizar la legitimidad de los hijos. El honor es una ideología defensiva y, como tal, se asocia a la defensa del patrimonio en Estados carentes de un gobierno legítimo, pero este tema nos llevaría por otros derroteros...

Las mujeres vuelven otra vez a ser consideradas las culpables de todo los males que aquejan al hombre, su belleza es engañosa, son deshonestas, falsas, infieles, volubles, sin voluntad, ambiciosas... Siempre hay que sospechar de ellas, son traicioneras y crueles.

Los predicadores exaltan la valentía y el arrojo de las vírgenes mártires. Es el momento en el que se apoya desde muchos estamentos la creencia en la Concepción Inmaculada de la Virgen, los dominicos la discuten, la iglesia cavila hasta que en el año 1854 decide considerarlo Dogma de fe.

El Inmaculismo supone la existencia de una materia humana absolutamente fiable, sin tendencia al fallo, al pecado, a la infidelidad. Esta materia tendría

<sup>6</sup> Ed. cit., pág. 265.

<sup>7</sup> Cito por Thomas Hanrahan, *La mujer en la novela picaresca española*, Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1967, pág. 88.

<sup>8</sup> Los tratados de educación femenina escritos por clérigos y moralistas insisten en la castidad como virtud primordial y esencial en la mujer. Fray Luis en *La Perfecta casada* (1583) dice que la honestidad no es virtud, sino una *conditio sine qua non* de la mujer: «es como el ser y la sustancia de la casada, porque, si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera y vilísimo cieno y basura la más hedionda de todas y la más despreciada» (*La perfecta casada, Obras completas*, ed. P. Félix García, O. S. A., Madrid: BAC, 1991, pág. 260). Fray Luis prepara a la mujer para estar en casa, realizar labores dentro del hogar, atendiendo al esposo y a la casa, alejada de la cultura al ser ésta fuente de corrupción. «Así como la natura... hizo a las mujeres para que, encerradas, guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca» (*op. cit.* en *OC.*, pág. 334). *Vid.* Lía Schwartz, «La mujer toma la palabra: voces femeninas en la sátira del siglo XVII» en *Images de la femme en Espagne aux XVI et XVII*, ed. A. Redondo, París: Publications de la Sorbonne, 1994, págs. 381-90.

forma femenina. El hombre puede fallar, pecar, ser infiel... (Recordemos que la transmisión del honor relativo a la posición social descende por la línea masculina, mientras que el honor derivado de la vergüenza sexual se transmite a través de las mujeres. Así la promiscuidad sexual de un hombre, aunque pueda deplorarse, no contamina el honor de *su* familia como tampoco la falta de fortaleza física de una mujer). Es este el ambiente en el que se crea la figura del don Juan, el *Burlador de Sevilla*...

Es curioso que esto ocurra a principios del xvii que es cuando los jóvenes, en general, y los nobles, en particular, se apartan de las armas, los primeros porque ya no se cobra con regularidad y los segundos porque las continuas derrotas no dan prestigio. Nos encontramos con frecuencia quejas en la literatura y en el teatro a cerca de lo afeminados que se están volviendo los hombres en sus gustos, y de cómo al abandonar las armas se dan a la vida fácil y viciosa (también podemos verlo en las novelas de María de Zayas) o en *El Crítico* de Gracián, donde Andrenio no puede distinguir a los hombres de las mujeres: «los primeros se han vuelto afeminados y están en silencio y las segundas hablan en voz alta y parecen dirigir el mundo»<sup>9</sup>.

La castidad se impone como norma social y norma de conducta. Las mujeres deben ser castas de cuerpo y de mente. Por eso, en los tratados de educación se recomienda la reclusión, que la familia vigile a las jóvenes, mejor que las encierre. Como dice Rina Walthaus: «Castidad, silencio y reclusión resultan palabras claves en el paradigma de la fémina ideal de clérigos y moralistas»<sup>10</sup>. De ahí que los hombres se consideren responsables del comportamiento de sus mujeres, porque en ese comportamiento estriba la esencia de su honor moral. Por eso reclaman una y otra vez autoridad sobre sus esposas, sus hijas y hermanas (lo veremos en toda la literatura, en el teatro y en la vida), y les exigen cualidades morales que no esperan de sí mismos: al fin y al cabo, un hombre no puede permitirse el lujo de tener una conciencia moral demasiado estrecha, pues ésta podría interferir en sus obligaciones para con su familia en la lucha por la existencia. Una mujer no tiene semejantes responsabilidades y puede ser el compendio de la excelencia moral, de ella se espera más asiduidad en los deberes religiosos, en la casa o en la iglesia<sup>11</sup>.

Todas estas circunstancias de la vida real chocan con la realidad de muchas jóvenes educadas en el amor cortés y en el neoplatonismo. Las lecturas de estas mujeres y sus conocimientos del amor, a través del conocimiento de sus

<sup>9</sup> *El Crítico*, ed. de Santos Alonso, Madrid: Cátedra, págs. 134-35.

<sup>10</sup> Rina Walthaus, «Erotismo y castidad femenina» en *La creatividad femenina en el mundo barroco hispánico*, ed. M. Bosse y otros, Barcelona: Edition Reichenberger, 2000, pág. 230.

<sup>11</sup> Vid. Julián Pitt-Rivers, *Antropología del honor o política de los sexos*, Barcelona: Grijalbo, 1979, pág. 126.

madres, de la poesía de Garcilaso, de los libros de caballerías o de pastores, sufren un duro contraste con la realidad cotidiana donde la violencia está a la orden del día. La imagen de Venus ha sido sustituida por la de estas mártires o Magdalenas arrepentidas. Además aunque se insista en la castidad como virtud suprema que salvará a la mujer en la vida real y en el teatro vemos, por el contrario, como las más castas (encerradas) son las que más sensualidad y violencia sexual inspiran<sup>12</sup>.

Es por esto por lo que es necesario un discurso como el de Zayas con un fuerte poder de convicción para esas jóvenes. Que no crean, avisa, por ejemplo, las palabras de amor o de compromiso que sus galanes dicen tras la reja, en la ventana, sin testigos...

Cuando revisamos los escritos de Góngora, Zayas, Quevedo, Calderón o Gracián nos damos cuenta de cómo han cambiado las cosas. Todos consideran el matrimonio como una relación entre enemigos, donde, la desconfianza, el desconcierto y el engaño están a la orden del día.

La armonía en el matrimonio se ha roto. El mundo está lleno de crueldades, odios y engaños, y el matrimonio es un reflejo de esa sociedad conflictiva. En los casos que nos cuenta Zayas la mujer se lleva la peor parte. Zayas repudia el matrimonio y avisa de los peligros que tiene, el matrimonio ha dejado de ser esa solución final, María de Zayas aconseja la huida.

«NOVELAS AMOROSAS Y EJEMPLARES» (1637) Y «PARTE SEGUNDA DEL SARAO Y ENTRETENIMIENTO HONESTO. DESENGAÑOS AMOROSOS» (1647)

En el primer volumen, cuatro amigas: Nise, Lisarda, Matilde y Filis se reúnen en las tardes nevadas de unas Navidades (novedad, maravilla) en casa de Lisis para acompañarla y entretenerla mientras ésta está convaleciente de una enfermedad. Invitan a unos caballeros y a lo largo de cinco días van contando una serie de historias amorosas, «maravillas».

En el segundo volumen, por las Carnestolendas (empiezan los carnavales, el comienzo de la penitencia, las máscaras), las amigas se vuelven a reunir, sólo se reúnen mujeres, y ahora cuentan historias también amorosas, pero reales, que les han ocurrido y llevan el título de «desengaños».

Es importante recordar que de todas las narradoras que forman parte de estos sarao de desengaños, ninguna está casada, son siete jóvenes, una monja y dos viudas. Dentro de los modelos de mujer que aparecen en el siglo XVI<sup>13</sup>, como la malcasada, la peregrina, la exenta (que por conocerse se cuida), la monja, la bien casada, la deshonrada y la desengañada (escarmentada en las cuitas

---

<sup>12</sup> Vid. Melveena Mckendrick en *La creatividad...*, op. cit., pág. 196.

<sup>13</sup> Vid., por ejemplo, Giulia Calvi, *La mujer barroca*, Madrid: Alianza, 1996.



amorosas), es justamente a este último grupo al que pertenecen los personajes de estas novelas.

Con la elección de estos personajes narradores, Zayas está indicando que son libres y no están sujetas al dominio de ningún hombre, y por lo tanto, sus narradoras son libres para contar casos verdaderos sobre los sufrimientos de las mujeres casadas en las manos crueles de los hombres y así, descubrir la verdadera cara de la institución matrimonial.

Veamos algunos ejemplos de casos de mujeres virtuosas y sumisas que sufren maltrato, veamos algunos casos de martirios.

Zayas nos presenta a varias casadas virtuosas y cumplidoras del papel que la sociedad exige sufriendo a manos de sus esposos: en *La inocencia castigada*, *La esclava de su amante*, *La más infame venganza*, *El verdugo de su esposa*, *Mal presagio casar lejos*, *Estragos que causa el vicio*, *El traidor contra su sangre* o *Tarde llega el desengaño*. En todas ellas los hombres abusan de su fuerza, menosprecian a sus mujeres, se aprovechan de la educación sumisa, menosprecian las leyes hechas en su mayoría para favorecerles, no mantienen la palabra o son irresponsables e infieles, satisfaciendo sus deseos sin preocuparse de las consecuencias.

Camila, por ejemplo, en *La más infame venganza* sufre maltrato y muere con grandes dolores envenenada. En *Mal presagio casar lejos* varias mujeres mueren a manos de sus maridos sin una causa concreta: son tres hermanas que se casan con extranjeros y mueren a manos de sus cónyuges: la primera, de una estocada; a la segunda la estrangula el marido con su propio cabello y, no satisfecho con eso, envenena después al hijo fruto de su matrimonio; a la tercera, entre su suegro y su legítimo marido le cortan las venas de los brazos, muriendo desangrada; y una cuarta hermana, soltera, se tira por el balcón llena de espanto, quedándose inválida para el resto de sus días.

El caso de doña Blanca es el más sorprendente. Después del primer año de casados el marido empieza a insultarla: «Cansadísimas mujeres sois las españolas; gran castigo merece el extranjero que mezcla su sangre con la vuestra» (ed. cit. pág. 355). Blanca sube un día a la habitación de su marido, que lleva ya un tiempo huyéndola, sin acudir al lecho conyugal y se encuentra con que éste está en la cama con su paje (pág. 360). Ella sabe que lo que ha visto le costará la vida y efectivamente su suegro y el amante de su esposo (el paje) la matan dejando que se desangre tras una sangría.

Sin duda escalofriante es el caso de doña Inés, uno de los más conocidos, en *La inocencia castigada*. Esta mujer se casa por salir de la casa de su hermano y su cuñada con la que parece no llevarse nada bien (siempre la tienen encerrada). Al principio con su marido acude a fiestas y actos sociales. Luego parece que se queja de que el marido deja de hacerle caso, no la cuida, ni es cariñoso, viaja mucho y duerme fuera del hogar. Un cortesano se enamora de ella. Una

celestina le engaña disfrazando a su criada de doña Inés. Este, cada día más enamorado, acude a un nigromante que hace budú con doña Inés, así, ella, hipnotizada, recorre la ciudad por la noche hasta la cama de su amante. Mantiene una relación durante meses. Doña Inés tiene extraños, ardientes, pecaminosos sueños. Se descubre el caso y su propia familia la empareda en secreto, para que nadie se entere, y la deshonra no se haga pública. Cuatro años después, se descubre el caso. Ella ha quedado ciega.

Estamos ante verdaderos casos de martirios como en los libros medievales *Flors sanctorum*. Los sufrimientos son descritos para servir de ejemplo a los pecadores, son sufrimientos que anticipan los del infierno. Estos ejemplos son muy divulgados en los libros de texto del XVI y XVII. En muchos casos, las jóvenes aprenden a leer con ellos. También la pintura exalta y alimenta este imaginario. Las Venus son sustituidas por las Magdalenas, mujeres virtuosas, maternales y sacrificadas pueblan las imágenes de nuestros pintores: Murillo o Ribera, por ejemplo, pintan la representación de la mujer virginal (la Virgen) o penitente (María Magdalena), rodeada de angelitos asexuados, caritativa y maternal. Santa Inés, Santa Lucía... todo el martirologio tiene su representación en Zurbarán, todas sufren y en sus caras vemos cómo sólo les queda esperar la vida celestial como premio a esos sufrimientos. Las mujeres están mudas a la espera de la crueldad y de los tormentos. Como la doña Inés o la doña Blanca de las historias anteriores.

Pero también encontramos otros casos de comportamientos extraordinarios entre estos personajes femeninos. Podemos señalar algunos ejemplos de casos de mujeres no tan sufridoras y pasivas, y, cuyo comportamiento es, por lo tanto bien diferente a los anteriores.

No es que estemos ante personajes femeninos como los de Cervantes: Marcela, Dorotea, Claudia Jerónima en el *Quijote*, Trancila y Sulpicia en *Persiles*, todas ellas mujeres con carácter, luchadoras, con energía y vigor, capaces de defender su honor y dispuestas a luchar para salvar su honestidad y su decoro. Los personajes de Cervantes se caracterizaban por tener voluntad, voluntad para ser, para hacerse a sí mismas, para desarrollar su personalidad, construyéndose una identidad (como Preciosa en la *Gitanilla*). En las novelas de Zayas el comportamiento es bien diferente.

Vayamos por ejemplo a lo que nos cuenta en *El prevenido engañado*. Antes de casarse Fadrique tiene una serie de experiencias con otras mujeres. Conoce a Beatriz en Sevilla. Un día que se cuela en su casa la descubre en un cuartucho junto a las caballerizas, con poca ropa y a la luz de una bujía con un esclavo negro del que ella parece disponer a su antojo. Él se queja de que las continuas exigencias sexuales y el tratamiento vicioso que recibe de ella le está matando:

Vio a su dama en una ocasión tan terrible para él, que no sé cómo tuvo a ciencia para sufrirla. El caso es que en una cama, que estaba en esta parte que he dicho, estaba echado un negro tan atezado, que parecía hecho de un vocací su rostro [...] veintiocho o treinta años, más tan feo y abominable [...] Sentose doña Beatriz sobre la cama [...] le empezó a componer la cama [...] Toma hijo mío, come un bocado de esta conserva, anímate por amor de mí, ¿Oyesme, amores, no quieres responderme ni mirarme? [...] abrió el negro los ojos, y mirando a su ama, con voz debilitada y flaca le dixo... ¡Dexame ya, por Dios! No basta que tu viciosa condición me tiene como estoy, sino que quieres que cuando ya estoy en el fin de mi vida, acuda a cumplir tus viciosos apetitos (ed. cit. págs. 183, 184).

Seguidamente Fadrique, que sale horrorizado, tiene una historia amorosa con Violante «que verdaderamente aborrecía el casarse, temerosa de perder la libertad que entonces gozaba» (ed. cit. pág. 196). Se ven durante algunos meses, él quiere el matrimonio, pero ella le da largas... «que ya enseñada a su libertad, no quería tener a quien guardar decoro» (ed. cit. pág. 202). Cansada, Violante encuentra otro amante y Fadrique los ve en la cama. Así se convierte en el prevenido, engañado y llega a la consideración de que: «todas las mujeres que daban en discretas, destruían con sus astucias la opinión de los hombres»<sup>14</sup> (pág. 204). Al final, Fadrique se casará con Gracia, una joven que siempre ha vivido en un convento y nada sabe de la vida: «naturalmente era boba, agravio de su mucha belleza, siendo esto lo mismo que deseaba su marido» (ed. cit. pág. 210). Todas las noches la viste con una armadura y «le dixo que la vida de los casados era que mientras que él dormía, le había ella de velar, paseándose por aquella sala... parecía una imagen de la diosa Palas» (pág. 212). Cuando se va de viaje unos seis meses, ella conoce a «otro marido», al volver Fadrique se asombra de que ella prefiere hacer con él lo que ha aprendido con el «otro marido».

Otro curioso comportamiento: en *Tarde llega el desengaño* Filis, antes de comenzar su historia, sostiene lo siguiente:

Si las mujeres no se diesen tanto a la compostura, afeminándose más que naturaleza las afeminó [...] y se dedicaran al juego de las armas y a estudiar las ciencias, en vez de dedicarse a los cuidados del cabello y el rostro, [...] ya pudiera ser que pasaran en todo a los hombres [...] Y si en vez de ponerlas a

<sup>14</sup> *Discreto*: «Cuerdo y de buen juicio, que sabe ponderar y discernir las cosas, y darle a cada una su lugar [...] El que es agudo y elocuente, que discurre bien en lo que habla o escribe» (*Dic. Aut.*). *Opinión*: «Significa también fama o concepto que se forma de alguno [...] «andar en opiniones» vale ponerse en duda el crédito o estimación de alguno» (*Dic. Aut.*).

labrar y a hacer vainillas se las enseñase a leer y a escribir [...] Si una mujer ciñera espada no sufriría agravios [...] temor es el abatirlas y obligarlas a que ejerzan las cosas caseras (ed. cit. págs. 228-29).

Concluye afirmando que los hombres las privan de las letras y las armas por temor y envidia, y anima a las mujeres:

«Ea, dejemos las galas, rosas y rizos, y volvamos por nosotras: unas, con el entendimiento y otras, con las armas!» (pág. 231).

Una vez preparadas de esta manera las lectoras, *Tarde llega el desengaño* comienza con la descripción de una tempestad marítima al modo de las narraciones bizantinas. Los naufragos llegan a una isla, que resulta ser Gran Canaria, allí se encuentran con don Jaime, que les contará su historia, mientras una mujer negra luce hermosos vestidos y hace el papel de señora de la casa, tras ella, una mujer blanca, fantasmal está agachada y a cuatro patas, cual perro, se va debajo de la mesa, donde recoge los restos de comida, después de servirla... Este es el castigo al que don Jaime condena a su mujer, tras creer las mentiras que le dice su esclava negra acerca de los amores de su esposa Elena con un primo de ésta. Don Jaime ha matado al supuesto amante, encierra a su esposa en un pequeño hueco en la pared donde la hace beber en la calavera de su primo. Finalmente la desdichada sólo consigue liberarse de esta prisión en la que padece dos años, al morir.

Historia de terrible crueldad con un erotismo sadomasoquista que se extiende por toda la novela. Pero sigamos adelante, al caso que ahora me interesa. Antes de casarse don Jaime ha tenido esta otra experiencia, ha estado en Flandes y un día se le acerca un viejo con una carta:

Tu talle, español, junto con las demás gracias que te dio el cielo, me fuerzan a desear hablarte. Si te atreves a venir a mi casa con las condiciones que te dirá ese criado, no te pesará de haberme conocido. Dios te guarde (pág. 241-42).

Así comienza la historia de la princesa Lucrecia. Lucrecia es distinta a otras heroínas de Zayas. La princesa Lucrecia es una viuda, es independiente económicamente, por lo tanto, no está sometida a ningún hombre. Lucrecia es la que escoge al joven por su lindo talle. Las condiciones responden a un juego erótico lleno de elementos fetichistas: llegará a un lugar con los ojos vendados, se amarán en un cuarto sin ninguna luz, nunca sabrá quién es ella, y además recibirá una paga por todo ello:

---

un bolsillo grande y con buen bulto, pues estaba tan lleno que apenas se podía cerrar... había en él una cadena de peso de doscientos escudos de oro, cuatro sortijas de diamantes y cien doblones de a cuatro (pág. 242).

Aquí, la mujer es la cazadora y el hombre es el cazado, ya que es la dama la que elige al hombre que le gusta para mantener relaciones sexuales con él. La originalidad de esta situación radica en el hecho de que ella, además, paga. En esta historia el hombre recibe dinero de la dama a cambio de favores sexuales y además no conoce el nombre, ni el rostro de la dama y tampoco el sitio donde tiene lugar el acto sexual. Zayas quizá intente mostrar que la mujer con fortuna propia puede conseguir dominar, no estar sujeta al hombre, demostrando con ello, que el factor monetario es la base de la dependencia de la mujer. Se nos está dando un caso de mujer que elige la forma de satisfacer sus placeres sexuales.

Veamos otros casos: doña Florentina, la protagonista de *Estragos que causa el vicio*, es la más rebelde y más singular de todas las heroínas que aparecen en *Desengaños...* Muestra una gran desviación del comportamiento tradicional femenino: doña Florentina es la que toma la iniciativa al elegir al amante que desea. A ella no le importa que éste, don Dionís, esté casado con su propia hermana, doña Magdalena. Asumiendo el papel de un hombre, se declara a su cuñado.

Nuestra protagonista es lista, egoísta y frívola, todas las características que hasta entonces habían sido usadas por nuestra autora para describir a los hombres engañosos. En esta historia, Zayas plantea una situación al revés, ya que, aquí el engañado es el hombre y la que engaña es la mujer.

Otro caso parecido será el de doña Octavia en *La más infame venganza*. También en éste nos muestra una desviación de las normas sociales. Octavia es noble, pero muy pobre y sólo confía en el poder de su belleza y donaire para lograr el matrimonio con Carlos, un mancebo rico, que la seduce con falsas promesas de matrimonio. Ellos mantienen una relación amorosa abierta durante más de dos años. Públicamente y económicamente doña Octavia se convierte en una prostituta, pues recibe dinero y joyas de Carlos para su sustento diario, a cambio ella le ofrece favores amorosos en su propio hogar. Cuando finalmente es abandonada, tampoco se queda pasiva, ni acepta su destino como una «buena cristiana». La ironía de toda esta historia es que llama a su hermano Juan, que está en un convento, pero es su único pariente masculino próximo para que limpie su honra. Mientras ella se va a otro convento<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Vid. Mireya Pérez-Erdelyi, *La pícaro y la dama: la imagen de las mujeres en las novelas picaresco-cortesanas de María de Zayas y Alonso de Castillo Solórzano*, Miami (Florida): Ediciones Universal, 1979, pág. 89.

Estamos ante un tipo de personajes femeninos agresivos, vengativos, pero también capaces de satisfacer sus propios deseos, activos en la relación con el otro sexo, con un gran poder de seducción y a los que no parecen importar las convenciones sociales.

Esta agresividad nos lleva a un último territorio que es el de la venganza física. Venganza reservada generalmente a los hombres, pero que en estos casos está protagonizada por una mujer, que, además, no necesita disfrazarse de varón. Estamos ante nuevos tipos de trasgresión sexual, de usurpación del papel masculino que parecen inspirados en los cuadros de Artemisia Gentileschi: *Susana y los viejos*, *Judit decapitando a Holofernes*, *Judit y su sirvienta*, *Yael y Sísara*, *Salomé con la cabeza de San Juan Bautista*. Estamos ante algunos casos de mujeres capaces de tomar las armas y vengarse por sí mismas del ultraje y del engaño, con perseverancia, estrategias bien calculadas, valor y fuerza. Por ejemplo, en *La burlada Aminta* ésta mata a puñaladas a su amante mientras duerme. Asimismo hace Hipólita en *Al fin se paga todo*. Isabel (la disfrazada de mora Zelima) en *La esclava de su amante*, después de ser violada obra con más libertad, al no tener ya que preocuparse del estereotipo de mujer sumisa y Zayas nos la presenta como ejemplo de la fuerza que puede llegar a adquirir una joven tras ser violada:

¡Ay flaqueza femenil de las mujeres, acobardadas desde la infancia y aviladas las fuerzas con enseñarlas primero a hacer vainicas que a jugar las armas! [...] me hallé perdida... lo que en otra mujer pudiera causar lágrimas y desesperación, en mi fue un furor diabólico, con el cual, desasiéndome de sus infames lazos, arremetí a la espada que tenía a la cabecera de la cama, y sacándola de la vaina, se la fui a envainar en el cuerpo... (ed. cit., pág. 137).

Zayas intenta inculcar a las mujeres el orgullo de ser personas independientes que no necesitan la «protección» de los hombres. A través de sus saraos, la autora nos muestra que las mujeres son capaces y pueden defender sus virtudes y honor sin la ayuda de los hombres. Trata de dignificarlas en estos «malos tiempos que alcanzamos»:

Mandásteme, señora mía, que contase esta noche un desengaño, para que las damas se avisen de los engaños y cautelas de los hombres, para que vuelvan por su fama en tiempo que la tienen tan perdida, que en ninguna ocasión hablan ni sienten de ellas bien, siendo su mayor entretenimiento decir mal de ellas: pues ni comedia se representa, ni libro se imprime que no sea todo en ofensa de las mujeres... (pág. 124).

---

Zayas se rebela delatando la intención de los hombres en rebajar a la mujer, creando en ella falsas vocaciones de esposa y madre, condenándola a estar en casa y privándola del conocimiento:

y así por tenernos sujetas desde que nacemos vais enflaqueciendo nuestras fuerzas con los temores de la honra, y el entendimiento con el recato de la vergüenza, dándonos por espadas ruelas, y por libros almohadillas (pág. 228).

Hemos visto mujeres narrando con libertad sus experiencias sexuales, describiendo con quién duermen y cómo son sus amantes, también lamentándose de la prontitud con que estos aplacan el fuego de su apetito, quejándose de cómo se agota la pasión cuando ellos obtienen su placer, vamos, para terminar, citando algunos casos de mujeres que deciden por sí mismas retirarse a un convento.

Lo primero que nos llama la atención es que de las mujeres que renuncian a vivir en sociedad y optan por entrar en un convento, ninguna lo hace por devoción o vocación religiosa. Sin duda, la oferta de la Iglesia era interesante, se ofrecía la oportunidad de ser prioras, administrar hospitales o incluso fundar una orden religiosa y, también, explorar sus talentos artísticos o literarios, como en el caso de Santa Teresa o Sor Juana Inés de la Cruz.

En *Desengaños...* nos encontramos con que cinco de las diez protagonistas rehúsan el matrimonio y optan por entrar en un convento. Además de las cinco citadas, Lisis, Laura, Estefanía, Isabel y su madre también deciden retirarse al convento. Un final feliz para todas ellas, nada trágico en la opinión de Zayas, si tenemos en cuenta los sufrimientos que han tenido que pasar la mayoría de las casadas.